

De intrapsíquico a intersubjetivo

*Saul Paciuk**

Uno de los temas de diálogo propuestos en el reciente Congreso de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, habla de las “diferentes concepciones de la práctica psicoanalítica: de lo intrapsíquico a lo intersubjetivo”. Valoro como de sumo interés dicha propuesta porque plantea abiertamente un tema-problema central, y también por innovadora, ya que coloca decididamente el concepto de “lo intersubjetivo” en el campo de la reflexión psicoanalítica. Y no deja de ser significativo que se apunte a la vigencia de este concepto precisamente cuando se afirma como un hecho que la cultura de hoy apetece el egocentrismo, que rehuye la intersubjetividad al punto que hasta las meras amistades se viven en el marco de la red...

El tema propuesto dibuja un arco (articulado por las preposiciones *de* y *a*) y tendido entre dos pilares (las “diferentes concepciones”); arco y pilares conllevan cuestiones, así como también las conlleva hablar de “la práctica psicoanalítica” en singular: la realidad amerita pensar la práctica -y la teoría- como plural.

Tenemos pilares, por no decir paradigmas. Es problemático establecerlos: todo intento en esta dirección, además de ser arbitrario, abre a la pregunta acerca de qué es lo nombrados como “lo intrapsíquico” y “lo intersubjetivo”; es que en una primera hipótesis puede entenderse que se nombran dos **diferentes objetos** encarados por el psicoanálisis, mientras que en una segunda hipótesis puede entenderse que se tienen en vista **diferentes sujetos**, por ejemplo, un

* Miembro Titular de APU. Luis A. de Herrera 1042 / 708
E-mail: relación@adinet.com.uy

sujeto entendido como aislado y lidiando con fuerzas y resistencias internas, o un sujeto anudado con la alteridad. Es claro entonces que la propuesta ubica el diálogo en el terreno de la (necesaria, descuidada) antropología psicoanalítica.

Hablamos de pilares y hablamos de arco, de un recorrido de un pilar al otro, ahora bien, ¿cómo es el tránsito, se trata de una sucesión azarosa, de un curso, de un desarrollo, de una historia, de un proceso?

Consideremos los pilares y luego lo relativo al arco, para finalmente atender a la práctica.

1) Objetos

Lo Psíquico «Intra»

Tomemos lo intrapsíquico como objeto del psicoanálisis, como su materia de estudio.

Que no se hable de lo intrasubjetivo sino de lo intrapsíquico permite pensar que se marca la diferencia y que se apunta a la dirección en que también se habla, por ejemplo, de aparato psíquico (de un psiquismo “capaz de transmitir y transformar una energía determinada y su diferenciación en sistemas o instancias”). (1)

El término *psíquico* tomó el sentido de sede de la “vida interior”, la que generalmente y hasta el psicoanálisis, fue equiparada a “conciencia”. Es con el pensamiento moderno que el concepto apunta al ego, a “lo que anima a la persona distinguiéndola de cualquier otra”. (2)

Parte del pensamiento de Freud, (seguramente la más difundida y recogida) se ubica en esta dirección: a modo de un continente, en lo psíquico divisa lo consciente y lo inconsciente, y en ambos, “contenidos” (como representaciones), sostiene que es dinámico y está poblado de representaciones y también de fuerzas (mociones) que tienen variables intensidades (principio económico) y de tensiones (conflictos), estando lo psíquico orientado hacia la descarga, hacia la distensión. Todo ello en el marco del dualismo psique-cuerpo y

de un modelo mecánico: ente inerte (la representación) y fuerza que lo dinamiza (la moción). Esos contenidos son accesibles solo para su titular por vía de la introspección o por la compleja vía de las asociaciones, lo que puede requerir la mediación de un segundo sujeto: es que lo intrapsíquico se muestra oscuro, requiere ser interpretado, esto es, dotado de sentido. La complejidad aumenta también por otro lado: la arquitectura que Freud reconoce en los contenidos inconcientes abre la discusión acerca de si conciente e inconciente son sustantivos o adjetivos, si se refieren a lugares o a sistemas (lógicas), y... etc.

El entendimiento atomista y solipsista encara este psiquismo como una especie de unicidad volcada sobre sí. En este marco lo que excede ese interior llega a contar solo como ocasión o medio para el apetecido logro del placer (dis-tensión). Tal base convoca el postulado de un narcisismo como primario y una vida an-objetal que nos pone ante un sujeto en situación de soledad radical, la que puede llegar a ser resignada.

Sin embargo, en el propio pensamiento de Freud convive una fuerte limitación al referido concepto: cuando habla del “yo”, una provincia de lo intrapsíquico, reconoce la esencialidad del trato con el mundo en su formación e incluso en la definición de sus fines originales.

Lo que excede: El Objeto

El cierre del sujeto sobre sí mismo no es entonces completo y la propia delimitación de lo intrapsíquico deja demarcado lo que lo excede, que es aquello a lo que se dirige lo intrapsíquico: pero lo que excede al psiquismo no sería tanto un mundo, sino lo que en psicoanálisis, de modo genérico, se llama “objeto”. De modo que podemos diferenciar al objeto mundano (persona, cosa) del objeto del psiquismo (el “objeto de mi amor”); se trata aquí, en lo inmediato, de este segundo.

Freud llamó objeto a lo buscado por cada moción: un medio que posibilite la realización del fin que pro-pone lo mocional. Freud

distinguió entre el fin y el objeto y en términos generales entendió el fin como la activación y descarga (satisfacción) de una moción (tensión, deseo, impulso, pulsión, etc.) al aplicarse sobre un objeto. En este marco el contenido del fin es lo que define al objeto, por lo que *cada objeto resulta ser un correlato de un requerimiento del sujeto*, por lo que queda implicada una relación de tipo instrumental: aquello de un objeto mundano (o persona) que excede el fin de tal moción, es básicamente indiferente (o desconocido, o negado, o escindido). Entonces el objeto se distancia de la cosa o la persona mundanas, que exceden al objeto si bien este se asienta en ellas. Por lo mismo, el objeto como tal puede ser constante y necesario, mientras es variable y contingente aquello mundano en que encarna.

Por esta vía pasa a primer plano el concepto de objeto parcial: en el plano de la percepción, el objeto mundano está constituido por aquel aspecto, función o “parte” suficiente para el cumplimiento del fin de la moción; pero a la vez el sujeto es parcial, porque la moción que convoca tal objeto es una parte, una entre otras, de lo que puede mover al sujeto. Resulta particularmente importante recordar que lo de parcial habla de una totalidad escindida por lo que el sujeto debe hacer frente a las tensiones (conflictos) que la escisión entraña.

Para el sujeto que requiere objetos, la propia existencia toma un valor que no le reconoce a las demás existencias (“existo yo, los demás son mis ideas”): él es el sujeto, los demás solo pueden ser objetos. Anotemos que hay aquí una fuerte paradoja: el objeto *es por definición aquello que excede al sujeto*, sin embargo *pasa a ser solo lo que es para el sujeto*, a ser aquello que el sujeto constituye: en el sujeto está el fundamento de su afirmación acerca de cómo es el objeto -señorío del legislador. Esta constitución del objeto puede originarse en proyecciones, por lo tanto la realidad que -en ciertos casos contra toda prueba en contrario- el sujeto atribuye al objeto -lo ajeno- está conformada y nutrida por aspectos del propio sujeto. Entonces, *¿cuánto de extrapsíquico tiene tal objeto ya que muy dócilmente puede “representar”, hacer presentes aspectos, partes, del propio sujeto? Volveremos sobre este punto.*

El panorama del psicoanálisis se modificará sustancialmente en posteriores y diferentes aproximaciones. Hacia 1940 se afianza una nueva concepción de lo intrapsíquico (con fuertes raíces en la obra de Freud) llamada *mundo interno*, ella supone la existencia imaginaria de objetos y relaciones y, sobre todo, la historia de una relación -fantasía- que los involucra, y queda de lado lo relativo a las representaciones. El viraje lleva de una concepción centrada en lo mocional (dinámica y económica) a la fantasía (una concepción dramática e histórica) del psiquismo. Es que *la fantasía es una narración* que abre al tiempo y habla del significado de la situación actual que vive el sujeto, significado que se despliega entre los antecedentes -un pasado- que recoge, un presente que es presentado como su consecuencia y aquello a lo que se dirige, las expectativas a que apunta su visión de su situación actual. Esta vía instala la *relación de objeto* y el sujeto pasa de ser entendido en el marco de una soledad radical a ser entendido en el marco de una socialidad radical, en la que es central el objeto que deja de ser únicamente medio para un fin.

Del Objeto al Sujeto

Si bien puede decirse que entre sujeto y objeto hay una polaridad, también debe decirse que ella dista de ser absoluta, porque el sujeto -un otro sujeto- nunca deja de estar entrañado en el tenido por objeto por parte del primer sujeto. En efecto, ya en la raíz de “objeto” está el que sea el que objete por ser el no-yo del sujeto, el ser lo *arrojado delante* del sujeto y aquello con lo cual el sujeto tropieza: es en lo potencial que guarda de otro sujeto, objetor y obstáculo (de negador), que el objeto enfrenta al sujeto.

Sería arbitrario sostener que el mundo del sujeto está poblado únicamente por los tales objetos con impronta “intrapsíquica”; en verdad vive entre otros que son sujetos que por serlo, demandan ser reconocidos, lo que lleva a que se establezca una más o menos fuerte tensión (conflicto) entre lo que el sujeto pretende (tenerlo como objeto) y el sujeto en quien tal objeto encarna, así como hay

tensión entre las diversas mociones del propio sujeto.

De modo que el objeto entraña una tensión, él no puede sino hacer presente a *un sujeto al que le es negada su condición de sujeto* en tanto es tenido en vista sólo en cuanto capaz de satisfacer cierto requerimiento del sujeto e ignorado en su esencial alteridad; al tenerlo como objeto se lo conforma como un mero “funcionario” vivo para cumplir su función y muerto para toda otra vida, (3) *como lo sostiene el concepto de “vínculo”*, (4) cuyos condicionamientos nos conducen a considerar en un primer plano el concepto de relación.

La Relación

En contraposición a la tesis atomística -en psicoanálisis radicalmente discutida por Fairbairn (5)-, puede decirse que el dato que se ofrece más inmediatamente a la observación muestra que cada ente -cuanto existe- refiere a algún otro y cada uno pesa y tiene alguna forma de influencia en el ser del otro. Esta relación que habla del involucramiento, del tener que ver unas cosas con otras, es un hecho o dato primario (6) y ello lleva a considerar que el encierro en sí -la definición de sí por lo intrapsíquico- es más bien ficción, mejor dicho, fantasía.

La discusión acerca del lugar de la relación se ha desplegado a lo largo de la historia del pensamiento de occidente y en el último siglo ha llevado cierto descrédito al concepto del ser por sí o de su derivación antropológica, el atomismo y el solipsismo. Al mismo tiempo, en la vida social, se abre paso el reconocimiento de que está en curso el desdibujamiento de la oposición público y privado, equivalente a la oposición intra y extrapsíquico.

Freud expuso un punto de vista que privilegia la relación, por ejemplo, cuando sostuvo que el sujeto no puede prescindir de un objeto (un sujeto con valor de objeto) para alcanzar sus fines. Mas allá de las lecturas consagradas, cuando se dice que la pulsión tiene un objeto, la atención se centra en los rasgos del objeto y en su carácter de intercambiable, porque su función -la necesaria a la

pulsión de que se trate- puede ser cumplida por diferentes sujetos, pero se deja de lado que **lo irrenunciable es que haya objeto y cierta modalidad de relación**, y que hablar de un cierto objeto es nombrar una de esas modalidades.

Colocar la relación en el centro tiene una notable consecuencia: si el ser del hombre es “relativamente a” (Heidegger) y se define en la relación, entonces su esencia nace de su existencia y en ese plano su ser se le presenta como no-necesario sino como contingente, contingencia a la que le es propia su facticidad, su ser de hecho. (7) Siguiendo a ese autor, habría que hablar de la primacía de la coexistencia con otros, del *mitsein*, lo cual nos planta frente al otro pilar del arco mencionado al inicio: la intersubjetividad.

Lo Intersubjetivo

En su sentido propio, la intersubjetividad se ubica en un contexto que va más allá del sentido corriente, el que la entiende como lo compartido, el vínculo, lo interpersonal, y de hecho, el creciente uso de ese nombre no indica -ni en este ni en otros casos- que se refiere siempre a un mismo concepto, por lo que parece conveniente precisarlo.

Frente a la postulación de una relación inmediata de la conciencia consigo misma (la conciencia de sí como un dato primario al que se tiene un acceso inmediato expresado en el cogito), Hegel muestra la intersubjetividad como la mediación necesaria para el advenimiento de la conciencia de sí: esta queda al cabo de un camino, un proceso que se cumple a partir de que su deseo -el ser reconocida como conciencia por otra conciencia- pudo convertirse en deseo de otro deseo, en deseo de otro sujeto.

Sin embargo es recién con Husserl que se salvaguarda la originalidad, la irreductibilidad de la relación vivida con otro: Husserl enseña que el otro no se deja reducir a ser considerado cosa ni a la condición de cosa con conciencia. De modo que el sujeto deja de ser quien tiene la ley de la constitución del otro y el otro no cabe en lo que el sujeto interpreta de él; más aun, el otro toma existencia a

partir de la tensión que crea la pretensión de tomarlo como objeto por una conciencia soberana que le niega su condición de sujeto.

Debemos revisar entonces lo relativo al objeto: manifiesta o subrepticamente se trata de otro sujeto, por lo que el objeto abre *al problema del otro*, un otro que reclama ser reconocido “como (otro) yo” para el sujeto.

La fenomenología reconoce la relevancia de la relación y sus planteos dicen más, dicen que el sujeto solo sabe de sí por estos objetos, se conoce a sí mismo por el *cómo el objeto me hace sentir en su presencia* como lo enseña Merleau Ponty, por lo que este sentir (saber) de sí es a una misma vez, saber acerca de cómo es el objeto (de lo que me da a sentir), lo cual nos acerca al concepto de contratransferencia.

Por todo ello, cuando se presenta la intersubjetividad como una especie de adyacencia de subjetividades o una interacción, una presentación que elude lo central del concepto: que la subjetividad del otro es consustancial a la subjetividad propia y que no se trata de dos subjetividades que de la forma que sea, “interactúan”. El concepto de intersubjetividad subraya en cambio que las subjetividades se constituyen a un tiempo en la relación.

Los conceptos de relación, vínculo y otros, trabajan sobre la idea de sujetos ya hechos, definidos, que intersectan y se afectan y en la intersección pueden modificarse, es decir, los otros pueden incidir en la definición de sí que hace el sujeto, e incluso los otros pueden ser la vía para que el sujeto sepa de sí, conocimiento de sí que llega por mediación de otros.

¿De qué trata entonces el concepto de intersubjetividad? Digamos que el sujeto percibe a otro y lo que percibe en él le habla al sujeto de sí mismo, por ejemplo, se define en acuerdo o en oposición a lo que encuentra en el otro. Pero ¿qué encuentra, cómo es el otro que media en el descubrimiento de sí? Lo que la noción de intersubjetividad pone sobre el tapete, es que el cómo es el otro es factura del sujeto, y el otro se le aparece incluso en el marco de una compleja e inocultable relación con un tercero. Por lo tanto, si lo que encuentra en el otro revierte sobre el mismo sujeto, ¿de quién es? ¿cómo es el otro que lo define a él? Pero también, ¿cómo es él?

Más arriba, preguntando *cuánto de extrapsíquico tiene el objeto* que muy dócilmente puede “representar”, hacer presentes aspectos, partes, del propio sujeto, hablamos de la constitución del objeto, de la realidad que el sujeto puede atribuir al objeto y que está conformada y nutrida por aspectos del propio sujeto. Ahora podemos agregar que el sujeto que conforma al objeto tampoco tiene mayor consistencia, no trae una naturaleza sólida presente por igual en todos sus relacionamientos, sino que el sujeto que proyecta a su vez entra en la relación que pretende imponer realizando una perspectiva, un recorte de sus propias posibilidades que es función de su toma de posición en su relacionamiento actual, es decir, en la relación efectiva ambos se forman a una vez.

El concepto de identificación proyectiva responde a la intuición kleiniana de esto: el barrunto de que el ser del otro responde a algo de mí, que hay un involucramiento esencial y no circunstancial.

En el plano de la intersubjetividad las certezas “objetivas” y las “naturalezas” del ser propio y ajeno se esfuman (y no se trata que hay un saber que uno no tiene y que debe adquirir), y se des-encubre un terreno en que, *de derecho*, reina la incertidumbre: el campo. Pero *de hecho* en ese campo se instala la certidumbre en la medida en que en el marco de esta modalidad de relación, solo se reconocen, admiten, confirmaciones y se niegan los posibles desmentidos. Es claro que la vida ordinaria no transcurre en el plano de la incertidumbre radical, trabaja con estas certidumbres que tienen tal fuerza que hasta se puede dar la vida por ellas. ¿Cómo se instalan ellas? La escisión detiene y congela esa vida en la ambigüedad y lo multívoco: opera un recorte tanto del otro como de mí: si soy perjudicado (queja) y el otro es el autor del perjuicio (perseguidor), dejo a un lado todo lo que no confirmaría esta toma de posición. Pero eso no alcanza para confirmarla, ella debe darse en «los hechos»: si actúo como perjudicado, me defiendo del perseguidor, esto es, lo ataco, y entonces él se defiende atacándome, su defensa consiste en atacarme confirmando así en lo que hace, lo que era el contenido de mi apuesta inicial Pero, ¿quién persigue a quién?

Se trata entonces de reencontrarse con ese plano de intersubjetividad, «anterior» a la vida discursiva.

Es en el marco de esa dirección que en psicoanálisis surge y se desarrolla la concepción llamada “relaciones de objeto”, planteada sobre todo en la obra de Melanie Klein; ella reafirma la tesis del ser-en-relación, una versión psicoanalítica de la intersubjetividad. En lo que respecta a “relación”, con frecuencia el uso aproxima el concepto a expresiones tales como vínculo, sobrevolando diferencias de base entre ambas, como por ejemplo que el vínculo se refiere a lo que ocurre entre subjetividades ya formadas que en algún momento, intersectan. (8) En cambio el planteo kleiniano conlleva la posibilidad de que la intersubjetividad adquiera ciudadanía psicoanalítica, al tiempo que pone decididamente sobre la mesa y a otra luz, los problemas del sujeto, del objeto y del otro.

Sujeto, Objeto, Otro

Como concepto y sin ser nombrada, la intersubjetividad ingresa al psicoanálisis en forma mas o menos explícita con la progresiva definición del concepto de relación de objeto y sus implicaciones en la práctica, y se afirmó con el estudio del llamado campo psicoanalítico. (9)

Pero no es ajena al psicoanálisis desde sus orígenes. El que en la obra de Freud esté presente el otro sujeto de variadas maneras (como objeto de la pulsión o medio para su satisfacción, sujeto de lo transferido, residuo de las identificaciones que constituye el yo, y en el papel de la identificación en la edificación del psiquismo). El complejo de Edipo fue un franco avance en esta dirección, así como también la consideración de la transferencia y también que se eludiera la vía de la psicología social, de la relación efectiva u objetiva entre analizando y analista, por ejemplo. Con la atención a la transferencia el analista pasó a entenderse como oficiando de soporte en que el analizando “colgaba” jirones de su historia y de su personalidad, y la atención a la contratransferencia los descubrió como mediador de toda comprensión.

¿Qué cambió? Que las fantasías fueran del analizando podría verse como la afirmación de un territorio intrapsíquico, de un espacio

cerrado a los demás. Pero esta no es la única manera posible de considerar la situación: cuando Freud descubre la resistencia y la transferencia, dos de sus creaciones mayores, las ubica como procesos que ocurren en el interior del analizando, pero no deja de lado el origen de su descubrimiento, sino que lo revela en los nombres que les da: ellos nacen de cómo se siente en presencia del analizando, en un caso, que el analizando resiste lo que le comunica y le resiste a él, a Freud, que es quien está convencido de la justeza de lo que le comunica; en el otro caso, para Freud es evidente que el trato (real o imaginario) que le otorga el analizando no es el pertinente, que lo sería si él fuera otro personaje que Freud considera no ser y en una situación en la que él considera no estar. En ambos casos, la contratransferencia es la pista y ello abre el camino a considerar la propia fantasía (del analizando, del analista) como una producción del campo (psicoanalítico) abierto en la sesión.

2) El Arco

Pasaje: Proceso Dialéctico

Nos hemos referido a lo intrapsíquico y lo intersubjetivo como objetos diferenciados, veamos el arco que va “de lo intrapsíquico a lo intersubjetivo”. El mismo puede referirse a un pasaje, lo que supone un puente entre ambos pilares. Podría tratarse aquí de una cronología, un curso entre opciones sucesivas y la derogación de lo “antes” es una forma frecuente de entender un pasaje que a menudo es presentada como “superación”. Ese puente entre opciones parece endeble y conlleva simplificaciones, porque la opción por lo posterior pueda estar básicamente fundada en la novedad que presenta (una cuestión de moda, por ejemplo), más que por su valor intrínseco. (10)

Pero en este caso no se puede hablar de un descarte simple. El valor de la concepción psicoanalítica que se centra en “lo intrapsíquico” es fuertemente cuestionable, pero a pesar de ello no se la abandona y, por lo contrario, reiteradamente se recurre a ella. Si esta

insistencia no se funda en sólidos valores teóricos, ¿a qué responde? Parece claro que responde a su innegable valor clínico, pero si es en la clínica que radica su valor ese valor requiere el marco de una concepción diferente al solipsismo.

En efecto, la configuración “lo intrapsíquico” es una buena descripción de una modalidad de relación de objeto esquizoparanoide, aquella en que el sujeto configura al objeto, el que pasa a ser lo que el sujeto afirma que es y necesita que sea. En el mismo marco puede entenderse otros de sus rasgos, el llamado narcisismo “primario”: el sujeto parece retirarse de la relación con lo cual afirma que abandona -deja solo- al objeto, como si le fuera prescindible, abandono que tiene un marcado tinte de ataque.

A su turno las mociones pueden ser comprendidas como fantasías, interpretaciones de sí que hace el sujeto como movido por fuerzas más o menos ajenas que actúan dentro de él y lo promueven en determinadas direcciones. De modo que las mociones tienen lugar en el marco de las relaciones de objeto, no vienen de algún ignoto lugar a perturbar el Nirvana al que el sujeto aspiraría.

Puede decirse entonces que la teoría de las relaciones de objeto como articulación de la intersubjetividad, retoma los temas de lo que podía tenerse por una concepción diferente y antagónica, y les da un lugar como momentos en un proceso, el momento de negación de la alteridad. Por ello decimos que no deroga la visión desde lo intrapsíquico sino que la supera rescatándola .

“Superar” toma entonces un sentido que se compadece con el concepto psicoanalítico de “integración”, el que por ejemplo, lleva del sujeto centrado en lo intrapsíquico (como fantasía acerca de sí propia del marco esquizo paranoide) a la posición depresiva, siendo la primera integrada en esta segunda como su antecedente necesario, que le da cuerpo y sentido.

Toda relación habla de diferencia. El otro es alteridad por diferir que él altera, conmueve, cuestiona e interroga. El otro, en tanto es sostenido como otro, renueva la contingencia y la finitud que acosan al sujeto, des-encubren la situación que en el marco de la filosofía y del psicoanálisis se conoce como angustia. El otro puede ser tenido como negador de una pretendida completud y unicidad

del sujeto, y el sujeto elude este sesgo al negarlo (no reconocerlo) como sujeto y hacer del otro un objeto.

Freud mostró cómo en la neurosis tiene vigencia una versión del otro que entendemos aquí como esquizo-paranoide, que resulta ser también la más difundida tanto en la vida cotidiana como en el pensamiento teórico. Allí el otro queda apresado (por el recorte, mejor dicho, la escisión) en una única posibilidad, la de ser tal objeto (encarnado en un sujeto intercambiable, contingente, aleatorio), tomado como que vale y cuenta para el sujeto solamente en función de su capacidad de dar satisfacción a las exigencias (pulsiones, demandas o impulsos o como se las quiera conceptualizar) del sujeto.

3) Práctica, Prácticas

Atender lo intersubjetivo arranca de escuchar las fantasías (“lo intrapsíquico”), apuntando a las relaciones de objeto allí presentadas. Se trata de des-encubrir en la intimidad del psiquismo las modalidades de sí en presencia de otro.

El análisis se vuelve propiamente el pasaje por un proceso que se puede entender como la ex-peri-encia, el recorrido por las sucesivas formas o momentos o posiciones de la relación de objeto. Ese pasaje puede conceptualizarse como realizando el “hacer consciente” que ocurre por un proceso dialéctico que va de la escisión a la integración, de la configuración de un mundo polar que es factura del sujeto al des-encubrimiento de la alteridad en lo que el sujeto había presumido como objeto.

En el camino está el escuchar de modo prioritario, la transferencia, el interjuego proyección-introyección y la identificación proyectiva como atmósfera de la estructuración de las relaciones de objeto, identificación proyectiva que sostiene tanto del intento de conformación del otro como objeto como su reconocimiento como un otro por mediación de un tercero, objeto a su vez de la envidia (una e-moción, que pro-mociona un cierto trato) que la identificación proyectiva, la estructuración primera, intenta oscurecer, quitarle sus

motivaciones, aquello que mueve hacia ella.

Considerando el despliegue de la práctica psicoanalítica, podemos dar forma a su historia hablando de tres tiempos: 1) el de la atención excluyente a lo intrapsíquico, al sujeto encerrado en sí para quien el mundo es ocasión a su servicio; 2) el tiempo de atención a los vínculos entre sujetos ya formados que interactúan, tiempo de atención prevalente al vínculo y al ambiente (familia o cultura); 3) tiempo de atención a la relación de objeto, en que se des-encubre el proceso por el cual el sujeto y el otro se conforman a una según los momentos (ejemplificados por las posiciones) de un proceso.

Seguramente queda flotando una pregunta particularmente relevante. La pregunta por la sexualidad que el psicoanálisis tanto ha privilegiado. Pues bien, la sexualidad no es una alternativa sino que ella misma habla de relación (al punto que se la nombra como “relaciones”). Es que entender la sexualidad como pulsión ciega e inmotivada que asalta al sujeto fuera de todo contexto parece corresponder a una forma esquizoparanoide de entenderse el sujeto a sí mismo y al objeto que requiere.

Parece claro que caben diferentes concepciones acerca de la sexualidad, que esas concepciones son un producto cultural y no deberían ser valoradas como una afirmación acerca de alguna naturaleza (a menos que se entienda de otra manera el concepto de naturaleza en su relación con el de cultura) de la sexualidad. En algunos casos, se presenta la sexualidad como dando forma al afán por la maternidad, en otros como inspirada en la afirmación del poder simbolizado por el falicismo (al modo de Pompeya), que la inscribe en el círculo de la ley y el dominio. Pero en todo ello se manifiesta un camino hacia la sexualidad como goce, comprensible en el marco de la relación de objeto, que la entiende tanto como placer negado a sí y al otro y ocasión de dominio del otro y búsqueda de fines propios, como ocasión de deseo y goce buscados y otorgados, compartidos, en un ámbito reparatorio que da nuevo sentido al placer y habilita atender la verdad de un cuerpo libre y vital, fuente de goces.

En el cierre, digamos que “de lo intrapsíquico a lo intersubjetivo” puede hablarse de una opción o de un recorrido, posibilidad

por la que hemos optado aquí. Es claro que no hay un tren expreso que lleve de un punto a otro, y que el final del recorrido está siempre en revisión. Y es claro también que cada uno tiene la opción de apearse en cualquier estación intermedia o de llegar a la estación (provisoriamente) final.

Resumen

De lo intrapsíquico a lo intersubjetivo

Saul Paciuk

Se propone un arco pautado por dos pilares, lo intrapsíquico y lo intersubjetivo. Un arco es un recorrido, el dibujado por las (inevitables) tensiones entre los pilares que lo sostienen, o mejor dicho, entre las maneras de entender esos pilares, acerca de las cuales es posible señalar:

- entender que se trata de un *reemplazo de los objetos* atendidos por el psicoanálisis: en un caso, un psiquismo presentado como aislado y secreto y al que se accede por introspección; en el otro, un sujeto en un ámbito de involucramientos

- entender que se trata de un *giro en cuanto a los sujetos* tenidos en vista por la reflexión psicoanalítica: que se parte de un sujeto solipsista, marcado por la mecánica, y se va hacia uno relacional en el marco de una socialidad de base.

Pero este recorrido, el “ir hacia”, a su vez se vuelve problema por cuanto plantea la pregunta por la naturaleza de este arco. Entre varias modalidades de entendimiento caben:

- entender que se trata de pasajes simples, de reemplazos entre las diversas y sucesivas “modas” que tientan al pensamiento y que marcan lo “superado” que se abandona,

- o que se trata de un desarrollo o lo considera como evolución,

- o que se trata de un proceso dialéctico que comprende cada una de sus instancias (intrapsíquico, intersubjetivo) como un momento.

En cuanto a la práctica psicoanalítica, ella es (¿o debería ser?) un correlato de la teoría que la sustenta.

Summary
From the intrapsychic to the intersubjective
Saul Paciuk

The paper suggests an arch supported by two pillars: the intrapsychic and the intersubjective. An arch is a path, the one drawn by the (unavoidable) tensions between the pillars which sustain it, or better still, between the different ways of understanding these pillars. Regarding these different understandings, we can point out:

- we are talking about a *replacement of objects* that psychoanalysis deals with: on the one hand, a psyche presented as isolated and secret and accessible through introspection, on the other, a subject in a sphere of involvements

- we are talking about a *shift regarding the subjects* that the psychoanalytic reflection approaches: starting from a solipsist subject, marked by mechanics, and moving towards a relational one, in the context of a basic gregariousness.

But this path, this “movement towards”, in turn becomes a problem since it puts forward the question about the nature of this arch. Among the various ways of understanding, we can find:

- we are facing simple passages, replacements among the different “fashions” which tempt our thinking and which indicate what has been “surpassed” and is abandoned

- or we are facing a development or an evolution

- or it is a dialectic process which comprises each of its instances (intrapsychic, intersubjective) as a given moment.

As regards psychoanalytic practice, it is (or should be?) a correlate of the theory that sustains it.

**Descriptores: INTERSUBJETIVIDAD / OBJETO /
 APARATO PSIQUICO /**

Referencias Bibliográficas

1) LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J.B. (1973).- Vocabulaire de la Psy-

- chanalyse. París P:U:F:. 1973
- 2) DICCIONARIO DEL SABER MODERNO. LA FILOSOFIA. Ed Mensajero, Bilbao
 - 3) PACIUK, S. Actuar, hablar, identificar. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, N° 56.
 - 4) _____ Vínculo y relación de objeto
 - 5) FAIRBAIRN, W:R: (1944) La estructuras endopsíquicas consideradas en términos de relaciones de objeto. En: R, Fairbairn, *Estudio psicoanalítico de la personalidad*, Bs. Aires, Hormé. 1966
 - 6) ABBAGNANO, N. (1961). Diccionario de filosofía. México, FCE 1998
 - 7) HEIDEGGER, M. Ser y Tiempo, parágrafo 9, FCE, México, 1962.
 - 8) PACIUK, S. Vínculo y relación de objeto
 - 9) BARANGER, W. y M. (1961-62) “La situación analítica como campo dinámico”. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. T.IV, N° 1
 - 10) KING, P., STEINER, R. Las controversias Anna Freud - Melanie Klein (1941-1945). Madrid 2003. Ed. Síntesis.